



*Clima mediterráneo*

LUIS BAGUÉ QUÍLEZ

Madrid, Visor. XXX Premio Tiflos de Poesía, 2017, 59 pp.

*reseña de* Juan Carlos Abril

*Clima mediterráneo*, el último libro de poemas de Luis Bagué Quílez (Palafrugell, Gerona, 1978), nos sitúa en un territorio aparentemente agradable, en una atmósfera que conocemos bien en España, perteneciente a la mayor parte de la península ibérica, y nos habla desde la tradición abriéndose hacia otras latitudes, en continuos juegos referenciales, en constantes alusiones y sobrepasando el marco poemático, con sugestivos deícticos interdisciplinares, para instalarse en la otra cara menos amable de ese clima mediterráneo, es decir esa cara más dura, a veces terriblemente dura, de las cosas, extractada en su exterior meteorológico. Pero hay más, mucho más.

Tal y como asegura Ángel L. Prieto de Paula en la contracubierta, «Mare Nóstum, que fue cuna de sueños de la vieja Europa cuando no era vieja, hoy es fosa común donde naufragan las pesadillas de la Europa de dos velocidades. De la cuna a la sepultura, *Clima mediterráneo* convoca los mitos clásicos confundidos con –o degradados en– pecios de la cacharrería posmoderna: la figura de don Quijote, el toro de Osborne, el retrato cortesano, la dieta mediterránea [...]». Cara y cruz de una misma moneda, la realidad es bien compleja, a veces incluso inexpresable, pero sobre todo insoslayable para el poeta (un ciudadano de a pie como cualquiera), y no nos asegura nada la comodidad del consumismo ni la virtualidad del mundo en que vivimos. Ya sabemos que no es igual el norte y el sur de Europa, tampoco la vida a un lado y otro

del mítico mar Mediterráneo, las costas argelinas e italianas, o las marroquíes y españolas. En *Clima mediterráneo* asistimos a una deconstrucción bien estructurada de las mitologías que envuelven a la Europa del sur de hoy –su pasado y su futuro– en una mirada donde se funden sincrónicamente la Antigüedad, la Edad Media, la Modernidad y la Posmodernidad. Todo en un solo libro. Por eso y por mucho más merece la pena leer este *Clima mediterráneo*, que sirve también como denuncia de las injusticias, por ejemplo el problema de la migración en «6»: «Otro mar bajo el mar: un mar de plástico. // Alquitrán en las plumas, pecas en las escamas, un tatuaje de henna / en el caparazón» (17). Como retrospectiva de la memoria histórica en «5»: «Lo mandaron al Ebro. / Sobrevivió a Belchite. / En Játiva los miembros colgaban de los árboles. / Los pusieron en fila. / Echó a correr y ya no se detuvo. / Seguía corriendo aún muchos años después» (15). Como meditación –en un poema en prosa– en torno al sueño ilustrado de la felicidad pública encarnado por Jovellanos, en «3»: «Detrás de la peluca se esconde la Edad Media. Encerrado en la cárcel de las tres unidades, aún sueña con volar a lomos de una escoba, con arder hasta el tuétano, con el umbral donde lo espera Goya. El mar Mediterráneo es el mar negro» (12). Como lugar desde el que se gestó la época de los descubrimientos, insertando fragmentos de un monólogo dramático –al igual que con otros protagonistas de la Historia o de la geografía sentimental del

autor— de Cristóbal Colón, en «2»: «Desembarqué en las Indias. Fundé Guanahaní. / Puse nombre a las cosas / porque no tenían nombre. / Los enseñé a rezar porque no tenían fe. / Les entregué mis sueños porque no tenían nada. // Perdí el norte magnético. Gané la eternidad» (11). O en alusión a otros personajes anónimos o no, que en distintas superposiciones de planos, épocas y lugares, se van fundiendo en el texto como resultado compositivo de una poética sincrética y abarcadora, ecléctica en sentido posmoderno, pero rehumanizadora desde la óptica de los Cultural Studies.

Así que todos son —somos— mar Mediterráneo: «Vienen de cualquier mar» (9), dialogando con otros, el Atlántico (53) o el Pacífico (54), en un «mar como una puerta giratoria» (10) en la que «El mar se hace pequeño» (14), porque «Es el mar contra el mar» (15). Y otras citas que podríamos dejar aquí. En el fondo de esa inmensidad acuática, casi como una placenta intercultural, interepocal e intergeneracional, la plenitud del mar se muestra como una «caja fuerte» (17) en la que se encierran múltiples secretos acumulados en sustratos que se han fusionado como un palimpsesto al modo de Genette.

En general, y a partir de esta primera sección titulada «Mediterráneos», en *Clima mediterráneo* asistimos a una reflexión humanista que revitaliza el tema de España más explícitamente aún desde la segunda sección, «Hecho en España», tan importante en este ahora de 2017, y no por las mismas causas que lo fue en los años cincuenta. Después de décadas sin encontrar un poemario que de verdad haya abordado este asunto controvertido con suficiente rigor lírico, este conjunto de poemas que nos ha entregado Luis Bagué Quílez entona una crítica escéptica y no exenta de parodia ante un mundo deshumanizado en el que las guerras y los desastres suceden lejos, o al menos lo suficientemente lejos como puede ser más allá de la pantalla. Desde la poesía se accede a la éfrasis de cuadros como *Las meninas*, recordándonos al fallecido John Berger «A quien mira mirar» (23). El arte simboliza de un modo u otro el

destino del país, y «Don Quijote 2.0» (26-27) podría también resumir ese sueño donde España es «Patria de mil exilios, / tierra para el destierro, / imperio donde nunca / llega a ponerse el sol» (26). Con ágiles guiños irónicos como en «La razón de Cervantes» (28), que transcribo íntegro, por su brevedad: «El sueño de una vida. // Puesto el pie en el estribo, / fantaseando aún con las segundas partes. // La gracia que no quiso darle el cielo. // Fuese, y no hubo nada. / Un hueso en un osario. // A otro perro con esa letanía.» (*ibídem*). O el excelente «Tauromaquias» (29-30), dividido en «Oda al toro de Osborne» y «El rapto de Europa: Una elegía». A través de la idea o tema de España se hace un repaso de algunos de los conflictos que han assolado este país oscuro donde «No hay arte más barroco / que amueblar el vacío» (33), en la especulación inmobiliaria y en la crisis económica y financiera en «VPO» (34), que posee su contrapunto en «Alta velocidad» y «Zona residencial», las dos secciones finales. «Alta velocidad» es una cadena de haikus que no dejará indiferente al lector, pues desde la brevedad y la instantaneidad de la estrofa japonesa se llega a la fugacidad del pensamiento que se atrapa en un instante, simbolizado en esa «España negra» (39) del AVE. Tren para ricos, al fin y al cabo, inaccesible por sus precios para la masa, que lo ve de lejos pasar, porque se confunde «la velocidad con el progreso» (38). «Zona residencial» es la última sección del libro, desembocando en una suerte de «Geografía humana» (53) en la que «Todos los mares hablan esperanto» (*ibídem*), conectando con el inicio, y en la que a través de la «Marca blanca» (50) en la que se ha replegado un consumo homologador para ciudadanos normales, no renunciamos, sin embargo, a algunos de los mitos fundacionales de la Modernidad: «Pues claro que buscamos la originalidad, / pero no a cualquier precio. // No estoy legitimando la falsificación. // Me refiero más bien a una carencia, / una línea torcida, un número borroso, / el titubeo del nombre en el dorsal» (*ibídem*). Ciudadanos normales que necesitan sentirse especiales, puesto que «pyme o gran superficie, / lo que im-

porta es el pan de cada día» (49).

Podría abundar en los juegos intertextuales, interdisciplinarios, las referencias a autores u obras, pintores, etc., lo cual dota al poemario de complejidad y sugestión, siendo su culturalismo –por decirlo de algún modo– transitable o «practicable», en palabras de Jorge Riechmann. Lanza así una línea que incita al lector a articular sus medios interpretativos, como en «*Locus amœnus*» (48). Pero me extendería demasiado. Eso sí, llama mucho la atención la disposición poemática, que articula las secciones principales, a saber: «Mediterráneos», «Hecho en España», «Alta velocidad» y «Zona residencial», para luego ordenarse internamente en otras pequeñas secciones en las que el epígrafe o título acompaña a un poema o a varios poemas, sin que haya una simetría o plantilla, dotando al poemario de dinamismo formal y estructural, y haciéndolo más atractivo. Una suerte de cajas chinas. Este aspecto –sin ser decisivo– aporta un elemento innovador en el panorama de la poesía española actual, y convierte a este *Clima mediterráneo* en un volumen inusualmente flexible y seductor.

Luis Bagué Quílez ha publicado un libro importante. Con tono seco y sentencioso en ocasiones, sin concesiones verborreicas y con un puñado de verdades que nos punzan por dentro, su voz se ha convertido en un bastión que en los últimos años ha ido cultivando una poesía cada vez más necesaria y decisiva en la que se combinan las preocupaciones colectivas y las inquietudes intimistas, es decir nuestras contradicciones actuales, rabiosamente actuales. Nadie debería dejar pasar este *Clima mediterráneo*, que invita a ser leído desde su título.